

GANADOR DEL I PREMIO INCONTINENTES DE NOVELA ERÓTICA



ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO

El mentalista



Ediciones
Irreverentes

ILUSTRACIONES
PILUÍS ORIZAOLA

ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO

EL MENTALISTA

ILUSTRACIONES: PILUÍS ORIZAOLA

Colección Incontinentes
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Álvaro Díaz Escobedo

© De las ilustraciones Orizaola

De la edición: © Ediciones Irreverentes

Noviembre de 2008

Ediciones Irreverentes S.L.

editor@edicionesirreverentes.com

ISBN:978-84-96959-22-4

Depósito legal:

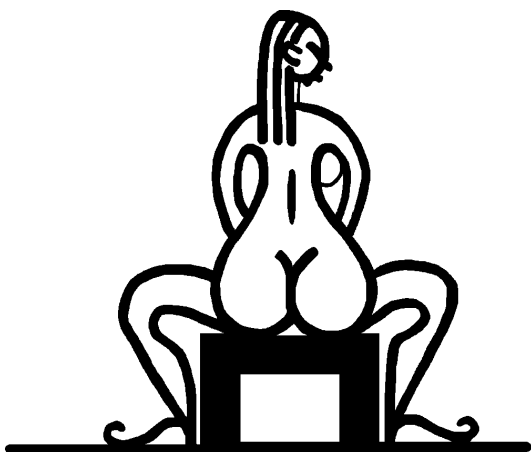
Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime Publidisa

Impreso en España

EL MENTALISTA





A QUEMARROPA

Entró en el camerino con desenfado, como si el mundo y lo que éste contiene fuera suyo.

Aparte del andar firme y marchoso, enseguida se advertían en la joven muchas cosas que hacían destacable su cuerpo. A las bien torneadas piernas ponían digno remate unas redondeadas caderas, cuyo rítmico movimiento removía el espacio. Cuando irrumpió en la estancia dio la sensación de que temblaban las jambas de la puerta.

Prefería la improvisación a la conducta programada. Le agradaban las sorpresas; dejaba guiarse por los arrebatos.

Lo último que se quitan las actrices del cinema porno son los zapatos; a alguna le falta poco para meterse con ellos en la cama. En cambio, otras mujeres es lo primero que desechan. Al mentalista, que descansaba en un cómodo sillón esperando la hora de actuar, le gustaban más las segundas.

Irma Sandoval fue decidida hacia él. Sin que mediara saludo alguno, exhibió su humana arquitectura y, bajándose las bragas, si así pudiera llamarse al trocito de tela, estrelló el sexo oval en la faz del hombre, al tiempo que con la minifalda le tapaba la cabeza.

Desplegaba el atrevimiento del sonámbulo en el alero de un tejado.

Testaruda es la carne, empeñada en satisfacer atávicos apetitos.

El artista aspiró. No sabremos si lo hizo para respirar o para drogarse en íntimos efluvios. A punto de protestar, se rindió al ímpetu de la alocada muchacha. Aquella especie de jeta de cebón humedecida había quedado apoyada en su barbilla.

La mujer se pegaba a la cara del sorprendido varón como lapa en la roca que baña el mar.

Despojada del suéter, emergió rotunda la espetera; no llevaba sujetador. En verdad, nunca se lo ponía, argumentando que la prenda era el tirano de una moda absurda que, intentando estilizar el seno, lo martirizaba, lo mismo que hace el crío travieso que atrapa a un gorrión. Consideraba tener inalienable derecho a democratizar sus hermosas tetas, a airearlas y popularizarlas.

Siendo patrimonio indiviso del cuerpo, lógico será que las féminas hagan del escaparate lo que quieran menos hipotecarlo. En consecuencia, ofrecíasele al hombre con la satisfacción de la madre que amamanta; y, pese al tirón de los chupetones recibidos, también gozaba. Dando de lado las opiniones de los beatos y de los esteticistas, tenía claro el uso y disfrute de las glándulas mamarias.

Si mediante el sujetador los pechos están sometidos, al exhibirse desnudos ponen de manifiesto el carácter independentista de su portadora.

Destrabados, los pezones pueden cogerse con dedos anhelantes y temblorosos, al igual que las alas de una mariposa.

La vocalista halagaba al amante diciéndole que, dada su colaboración, nada necesitaba para aguantar las tetas.

Entretanto, libre de miedo a perderse en la fronda, Hugo Rivera posó los labios en el poblado bosque; olía a espino blanco, como huelen la mayor parte de los pubis a los que osemos acercar nuestras fosas nasales. La nariz abría el camino y animaba al resto de la boca.

Si la hembra baja las manos a la pelvis en dirección a la cabeza del compañero, el objetivo es uno de dos: separarle para que no insista o acariciarle el cabello. En el segundo de los supuestos terminaría tirándole del pelo con frenesí, porque empezaría a pensar en sí misma.

Rectificando ligeramente la posición del rostro, primero la besó con comedimiento; luego, la bulimia dio paso a intensos lametones. A fin de cuentas, cuando la desosada despliega el résped se convierte en el músculo más arrogante y gladiador del ser humano.

A Hugo le crecieron los dientes de inmediato, como les sucede a algunos mamíferos cuadrúmanos. Practicó el sexo oral, comiéndoselo con la naturalidad del minino que bebe el tazón de leche: recreándose en las pausas. Y, ya osado, compuso un remedo de mordisco, notando el endurecimiento del minúsculo falo de hembra al que hasta hace muy poco llamábamos «pipitilla». Un sabor acre, pero asimismo agradable, inundó el paladar del mentalista.

De todo persistía sibarítico regusto: besuquear las ingles o reposar la lengua en la sabrosa breva; de seguido, volverla a meter en el interior lubricado de esa miel que no está hecha para las fauces del asno.

Al cabo de varios restregones, perdida la insolencia de la lengüeta folladora, ella le tiró de las solapas de la chaqueta y, tras breve forcejeo, ambos cayeron al suelo.

La joven quería extinguir la quemadura en la misma hoguera que había encendido, allí donde nacía el calor de la brasa. Su amor urente era calentura y vértigo a la vez.

Se puso a horcajadas sobre el hombre. Estudiando las pausas, fue resbalando hacia la cintura masculina. Con la mano derecha le cogió el pene, comprobando que el miembro adquiriría la deseada virilidad. Situándolo perpendicular a los labios vaginales, lo hizo desaparecer.

Cerrándose de piernas, concedió albergue cómodo al regio y rígido huésped. De tal postura sentada, le colocó los pies junto a las sienes, como si quisiera calmarle un teórico dolor de cabeza.

Actuaba sin sujeción a reglas o preceptos que pudieran inhibir el deseo, sabiéndose absolutamente capaz para fijar la frontera del placer, o para traspasarla. Se animaba utilizando preposiciones y adverbios de cantidad, incluso imperativos.

Solía comentar que practicaba sexo como ejercicio indispensable a la descarga mental y válvula de escape a otras emociones insatisfechas. Presumía de saber satisfacerse a sí misma y a los demás.

Casi le inmovilizaba, haciendo y deshaciendo a su antojo, dando la impresión de que consideraba el miembro viril un cable alimentador de alta tensión.

La mujer pautaba el tempo; pasaba del trote al galope aplicando el freno a conveniencia. El cabello femenino, aunque corto, flotaba en el aire; las tetas repicaban a gloria. Si el hombre hubiera podido se las habría arrancado, como hicieron los romanos salvajes a Santa Ágata; mas no con tenazas, sino a mordiscos.

El mentalista se encontraba gratamente sometido; ella dominaba la intensidad del baile coital. Testimoniando el goce que experimentaba, subía y bajaba a lomos del tiovivo de la concupiscencia con riesgo de marearse, perder la conciencia y caer al suelo.

Incontenible, mantenía la creencia de que el cuerpo no es conspicuo por naturaleza; la liviandad nace en la mente y no en la carne.

Irma era hembra de mediana complexión física, pero llena de una vitalidad que a veces resultaba excesiva y atosigante. Orgullosa de poder exhibir su rotundidez, la conjunción de líneas y contornos, de sucesivas interrupciones, daba suelta a pensamientos y deseos voluptuosos. Tenía las caderas anchas, sin exageración, en contraste con la cintura estrecha; unas y otra parecían formar cuerpos diferentes. De vientre reducido, se la veía tersa y recia. Soberbia y algo temerosa, en ocasiones la indignación encendía sus mejillas, marcando dos rosetas de fuego.

Poseía una voz preciosa, pese a que usara la boca para otros menesteres independientes de la canción. Componente del Dúo Sentimental, formaba parte del grupo de artistas que amenizaban la vida a bordo.

—He de irme —advirtió—. Es tarde.

—¿A qué tanta prisa? Aguarda.

—Recuerda que el Director ha adelantado la hora de nuestra reunión semanal.

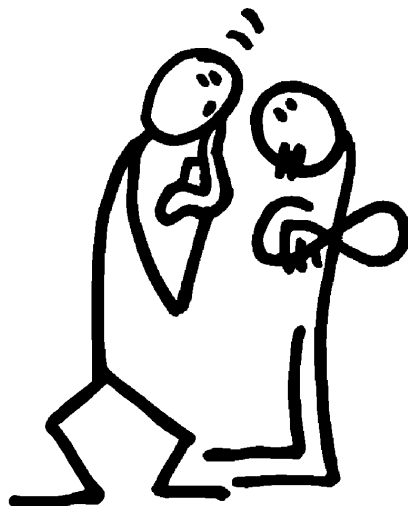
—Sí, tienes razón. Lo había olvidado.

—¿Qué querrá decirnos?

—No lo sé con exactitud, pero tengo entendido que nos hablará sobre unos pasajeros de excepción que embarcan hoy. Al menos, esto es lo que se comenta.

Mimosa, se despidió de él. Le acarició la barbilla con una mano; con la otra le oprimió el paquete genital.

—Chao.



MAQUINACIÓN

Al olor del mar le atribuyen efectos relajantes; pero el mentalista, a caballo entre el ostracismo y la desilusión, era incapaz de notarlo. Daba la sensación de que no hacía sino encogerse de hombros o perder la mirada en el infinito. Consideró la conveniencia de hablar en serio con la vocalista, exponiéndole los recelos que le perturbaban, mas el soplo del ábrego le dio a entender que la palabra es aire articulado. Su capacidad de sugestión menguaba ante Irma.

Lo veía todo indiferente; ni siquiera reparaba en uno de los movimientos que suele llamar la atención de quien al cielo contempla: el correr de las nubes impulsadas por el viento.

A Hugo Rivera podía considerársele un buen ejemplar de hombre. Tenía el cuerpo distribuido en armónica proporción: ancho de espaldas y recio de piernas, de firme tórax y desarrollados bíceps. Fornido y alto, presentaba barba cuidada y rapada en

las mejillas; lustroso el pelo, grises ya los aladares; la nariz enérgica y el mirar penetrante. De actitudes airosas, siempre pulcro y de aspecto sano, le gustaba vestir con elegancia y acicalarse. En parte esclavo de los detalles, perseverante en sus convicciones, podría haber sido domador de fieras..., o de mujeres, a las que cautivaba mediante la más débil pero eficazísima de las fuerzas humanas: la persuasión. Circunspecto, inspiraba confianza.

El artista permaneció sumido en ese estado de inconsciencia que es el abandono voluntario del pensamiento. En realidad, no quería pensar, ni siquiera en su próxima actuación ante el público, que tendría lugar en breve.

Se hallaba en medio del helero que apoca y el desierto que ahoga; ignoraba qué resolver para ponerle fin a la absurda situación. Empezaba a percatarse de su anodina y vacía existencia. El proceder de Irma le defraudaba. Hacer el amor con una mujer de su talante suponía construir sin planos las pirámides del placer sexual; amenazaba el derrumbe.

No mediaba compromiso formal, mas llegaron a crear un sólido vínculo de unión. Mantenían, eso sí, conceptos divergentes respecto a la fidelidad de la pareja. El mentalista censuraba el hecho de que la cantante estuviese cayendo en brazos de la compañera de trabajo.

Hugo reprobaba a las mujeres de liviano comportamiento y a las que defienden a capa y espada la castidad. Las primeras demuestran excesiva prisa; las segundas aman tarde o nunca.

Pasando hojas al libro de la vida, comprendió que sólo le quedaban los rescoldos de la todavía no lejana juventud. En aquel entonces tocaba las raíces descubiertas de los árboles y acariciaba su corteza, como si fuera epidermis femenina.

Palabras de sentido enaltecedor le sonaban ahora a huecas e intrascendentes. Dilección, cariño y confianza las resumió en

una: decepción. Sabía que para curarse la desazón que le mortificaba tenía que arrancarse muchas ideas de la cabeza y alguna del corazón.

Aceptaba que ya no disfrutaba con la chaparrita de Chihuahua. Desde que ella conociera a Candelaria, la relación comenzaba a resquebrajarse. La vocalista se había convertido en máquina de follar a dos bandas. Su libido estaba siendo desbordada por la entelequia.

El examen mental le retrotrajo al pasado, a añorados momentos de la infancia. Recordó a cierta amiga de la familia, algo mari-macho, que les visitaba empeñada en demostrar que no usaba bragas. Jamás pudo averiguar si respondía a costumbre inveterada o se las quitaba al presentarse en casa. Pero quedó grabada en su imaginación, de forma indeleble, cómo la doña le colocaba la nariz frente al voluminoso y descomunal pecho. De seguido apretaba con tal raptó y empecinamiento que, infeliz él, temía por la integridad de sus ojos; en ellos se estrellaban, como si quisieran penetrar en las cuencas, los durísimos pitones del sujetador. En semejante tesitura, veíase forzado a realizar un tremendo esfuerzo para contener el ansia de arrancarle el algodón y la mama a dentelladas, pues le habría encantado que la leche de las esféricas ollas hubiese saltado, derramándose en las sienes hasta enfriar el ardor que el arrebato de la nodriza depositaba en sus testículos.

Al marcharse la ufana mujer, el inocente Hugo salía pasillo adelante en busca del retrete, para limpiarse de la cara el colorete y los chupetones que por ella esparcieran los pegajosos labios. Necesitando aplacar el desasosiego, en ocasiones se la meneaba primero, limpiándose las mejillas después; si invertía el orden corría riesgo de que desapareciesen las ganas. En realidad, eso ocurrió tiempo atrás, aunque en el sexo no cuentan las fechas; nos sorprende al despertar, haciéndose ubicuo y transitivo.

Regresó al presente, advirtiendo que tenía que prepararse y acudir a la reunión convocada. Contemplándose al espejo, le desagradó lo que éste reflejaba. Estaba insatisfecho de sí mismo.

El barco era un espacio abierto que acababa haciéndose cerrado y estresante. ¿Qué aliciente encontraba entreteniéndolo todas las noches al auditorio? Le hartaba penetrar en la mente de los demás, de sugestionarles y comerles el tarro a conveniencia. Porque, en el más divertido de los casos, ¿compensaba el ligue temporal con alguna pasajera ávida de calentones en la cama?

Reconocía su inteligencia natural, su clarividencia. Advertía, con superior percepción sensorial a la corriente, lo que tiene entidad, se tratase de cosas lejanas o enmarcadas en la intransparencia. Sin embargo, el vacío de intenciones le llevaba a un marasmo donde predominaba la carencia de estímulos.

Guardaba un inagotable caudal de pensamientos en la molletera, perdiéndose en el prisma de sus propias sensaciones.

El Director de Crucero saludó a los colaboradores y les invitó a tomar asiento en la mesa que utilizaban para las reuniones semanales de trabajo.

—Acomodaos como de costumbre —lo hicieron, respetando los sitios de antemano asignados—. Hoy prolongaré la sesión. Voy a informaros de un detalle en cierto modo excepcional. Después de que despachemos los asuntos ordinarios, os diré en qué consiste la novedad.

Sin preámbulos, desarrollaron los puntos relativos al programa general e individual. Los gerentes de las diferentes áreas de servicios quedaron oportuna y debidamente impuestos de sus cometidos. Por razón del cargo, la responsabilidad recaía en el Director de Crucero; en orden descendente, en los Jefes de Administración y Acomodación. Completaban el cuadro de mandos el Doctor, el Maitre d'Hotel y el Cheff, entre otros. La

intervención del Capitán, máxima autoridad a bordo, se circunscribía a la navegación, lo mismo que la del Segundo Capitán y la del Jefe de Máquinas.

Llegado el momento, el Director procedió a darles cuenta de la anunciada nueva:

—Amigos míos, en esta travesía que vamos a iniciar tendremos como pasajeros al señor Dole y a su familia. Presidente y principal accionista de la naviera a la que nuestro buque pertenece, estamos obligados a concederle trato de excepción. Estas deferencias a que me refiero las haremos extensivas a la esposa y los dos hijos del matrimonio, que le acompañan. Tengo referencias de que Harold Dole es poco dado a las relaciones sociales. A lo mejor prefiere pasar desapercibido y apenas haga acto de presencia; mas si utiliza cualquier servicio del barco, quiero que esté todo dispuesto para complacer sus deseos. Rogándoos que no olvidéis la consigna, cada cual de vosotros es dueño de actuar a conveniencia, adoptando medidas que las necesidades demanden. En esos sobres que tenéis al alcance de la mano hay un dossier que contiene datos referidos a nuestros mencionados personajes. También encontraréis una completa serie de fotografías, sacadas en primeros planos y en grupo, para identificarles cuando los tropecéis. Si deseáis hacer alguna objeción, decídmelo ahora.

No hubo reparos, ni se pidieron explicaciones.

—Entiendo que existe conformidad al respecto —concluyó el Director.

El asentimiento resultó unánime.



Hugo Rivera compareció ante Harold Dole.

—El capitán me ha dicho que quiere hablar conmigo— escueto.

Buen observador, mientras esperaba a que el todopoderoso dijese por qué le requería, se fijó en la estancia. En la Royal Suite llamaban la atención los cambios efectuados. Suntuosa y con balcón en rotonda abierto al mar, se había renovado el mobiliario en honor al egregio huésped.

Una gran pecera, repleta de especies tropicales, separaba la mesa de despacho. Detrás, en baldas de madera empotradas, se exhibían maquetas de un sinnúmero de complejos hoteleros, edificios comerciales y apartamentos. Otros elementos extras, de menor entidad pero igual de apreciables, completaban la decoración.

Podría afirmarse, pues, que Harold Dole representaba a uno de esos ricachos ido a más, que presumía de vestir elegantes trajes Missoni, alardeaba de manejar un Vasquish V12 de Aston Martin, tapizado en cuero, y se colocaba gafas Ferragamo con taraceas plateadas.

Ceñido el entrecejo y repeinado el cabello, tenía la cara imperturbable y aguileña la nariz. Por la comisura de los labios resbalaba el regusto de la avaricia desmesurada, que no disimulaba. La concentración de las cejas hacia abajo, en dirección a la línea media, ponía de manifiesto una actividad de logrero.

El mentalista intentó profundizar en la condición del magnate estudiando sus rasgos fisonómicos. La mirada dura y sagaz le convertía en sujeto poco fiable en primera instancia. Las rojizas y convexas uñas denotaban propensión a la deshonestidad, enfermizo egoísmo e irritable temperamento. El artista sabía que la lengua era menos de fiar que el reflejo del rostro o el movimiento de la mano; ignoraba que el naviero padeciera una prostatitis que, ocasionándole incontinencia vesical, le mojaba los pantalones.

Le repelió el aspecto del ilustre personaje. Daba la impresión de que, como los murciélagos, viese a través de los oídos. En consecuencia, desconfió de sus propósitos.

Afrontó la conversación con los oídos abiertos y la guardia cerrada.

—He pensado en usted, aunque se trata de un caso quizá propio de otro tipo de gestores. Viéndole actuar, quedé impresionado de su poder de convicción. Creo haber encontrado al profesional que buscaba.

—¿Para qué?

Pareció que Harold Dole dudaba, mas respondió concisa y claramente.

—Quiero deshacerme de mi mujer y de mi hijo.

—Sin entrar a prejuzgar sus intenciones, no entiendo qué pinto yo en ese desatino.

—Insisto en que me parece el hombre idóneo.

—¿Pretende que los mate?

—Sería una solución perfecta y definitiva, mas no soy lo perverso que cree.

—Si me propone un asesinato tendré que denunciarle. Contamos con policía de a bordo.

—Lo sé; pero recuerde quién es el amo de todo cuanto en el barco hay, incluido el personal.

Hugo Rivera sintió revolvérsele las tripas. Supo contenerse.

—Exclúyame.

—No se sienta menospreciado; es expresión que responde a la realidad. Escúcheme y después obre como entienda conveniente.

—Sea lo que vaya a decirme, no me interesa.

Hizo ademán de levantarse de la silla. El magnate cortó su acción, reteniéndole por el brazo.

—¿Cómo puede pronunciarse así, si no sabe qué voy a proponerle? Pensaba que era perspicaz.

—Señor Dole, sepa que soy incapaz de atentar contra el prójimo. Jamás mataría siendo consciente de ello.

Harold Dole sonrió con sarcasmo. Luego, comentó:

—¿Quién ha citado aquí la palabra matar?

—Entonces...

—Cálmese.

Cogió la tabaquera y le ofreció un cigarrillo, que el mentalista rechazó.

—Ahora no, gracias.

—Iré al grano —indicó—; y conste que cuando he hablado de desembarazarme de alguien, no me refería a actos violentos.

—Ni lo mencione, por favor.

—Estaba expresando el deseo de perderles de vista largo tiempo. Quede claro que sin incurrir en delito de sangre.

—No entiendo.

—Ni le preocupe. Lo único que de usted requiero es que colabore conmigo y les aparte de mi lado. Si consigue quitarme de encima a mi esposa, tendrá una pingüe recompensa. Librándome también de Roddy el premio será doble, y tan cuantioso que ya no necesitará embaucar a los espectadores que aplauden sus mañas. Le sobrará dinero para vivir descansado.

—¿Qué le impulsa a deshacerse de ellos?

—Me irrita su sola presencia. Además, representan un inconveniente para mis planes de futuro.

—¿Tiene en cuenta que está hablando de su mujer y de su hijo?

—Sí —estricto.

Hugo se rascó el cuero cabelludo como si, entre dudas, meditase. Inquirió, proponiendo:

—¿Por qué no llega a un acuerdo con ella?

—Es recurso que ya estudié. Sin embargo, el orgullo me impide hacerlo; presumo que rechazaría cualquier proposición. Prefiero utilizar una vía indirecta, alguien que la convenza de que nos conviene a ambos la ruptura pactada.

—¿Y pretende que sea yo quien la persuada?

—Exacto. Ni que me hubiera leído la mente. Estoy empezando a valorar el alcance y agilidad de su intelecto.

—Muchas gracias.

No iba desencaminado el naviero. Un mentalista es capaz de desenmarañar, hasta cierto punto, el ovillo de la verdad rebasando el principio cartesiano de la evidencia. Yendo más allá de lo comúnmente aceptado, posee la cualidad de iluminar aspectos de la existencia que, de alguna forma o para las demás personas, pasarían desapercibidos.

A nadie extrañará que en el terreno de la economía de mercado y en la propaganda política, se utilice la llamada ingeniería social, la cual está basada en los mismos preceptos que el mentalismo.

Harol Dole continuó teorizando:

—Estimo que sus dotes de persuasión son grandes. Conseguiré que Debra razone.

El artista estaba confuso. No comprendía bien el objetivo que perseguía su interlocutor. La propuesta resultaba insólita y descabellada. Quitándole seriedad a la trama, se le ocurrió aconsejar:

—Señor Dole, entiendo que tiene usted otras opciones.

—¿Cuáles?

—Pues... Digamos que puede buscarle a su hijo una mujer ambiciosa que admita casarse con él por dinero.

El magnate rió la gracia.

—¡Se ve que no le conoce!

—Desde luego.

—Poco motivan las mujeres a Roddy. Lo comprobará cuando le trate. Mas dígame, ¿qué ha pensado respecto de mi esposa?

—Búsquele un amante.

—Lo tendría si quisiera, pero no le he descubierto deslizo alguno. Sabe preservar el decoro.

–Cómprele un castillo que incorpore título nobiliario, o enciérrela en una de sus propiedades.

–Carezco de redaños –admitió–: Ella no lo consentiría; es rebelde donde las haya.

–Siendo así... ¿qué puedo hacer yo?

–Seducirla.

–¿Cómo dice? –asombrado–. No conozco a su mujer, mas aseguro que nada me atraería.

–Veo que le cuesta entenderme. Una cosa es que la seduzca para llevársela a la cama y comerle la entrepierna, y otra, muy diferente, que influya en su ánimo.

Hugo Rivera se levantó, dando por terminada la entrevista. Antes de abandonar la estancia, dijo:

–A pesar de que prefiera mantenerme al margen del asunto, reconsideraré lo propuesto.

–Me agrada su cambio de opinión. Volveremos a hablar en breve. Entretanto, piense en las estrategias.



MENTIRAS

Recurría a la colaboración de algún espectador para iniciar la actuación, pues no quería forzar a los asistentes. En esta ocasión actuó premeditadamente, yendo hacia la elegida con decisión, evitando que ésta tuviese tiempo de reaccionar en sentido contrario al que requerían sus fines.

—En el número que desarrollaré necesito la participación de uno de ustedes. Siempre elijo al azar, ya que se trata de un experimento, llamémosle juego, que no entraña riesgo, ni siquiera el de aburrirse o cansarse.

Mientras hablaba, iba situándose. Cuando la tuvo cerca, se introdujo entre las mesas hasta llegar a la que ocupaba la joven. La cogió de la mano, sin darle explicaciones, y le pidió:

—Acompáñame al escenario. —Al ver que dudaba, la tranquilizó. —No tienes que temer; lo que has de hacer es fácil. Abstráete del público; compórtate como si estuviésemos solos.

A la muchacha le convenció la penetrante y limpia mirada de Hugo Rivera. Convencida, se dejó llevar en silencio.

El mentalista desarrolló una serie de ejercicios nemotécnicos de contenido adivinatorio que entretuvieron a los presentes.

A continuación incluyó algunos fenómenos telepáticos y de lectura del pensamiento, concebidos como programa de variedades.

De cualquier forma, ha de interpretarse que la magia de los artistas obedece a procedimientos naturales y a dotes particulares que les facultan para desempeñar la profesión. Los ilusionistas famosos, aparte de su extraordinaria habilidad, tienen gran conocimiento de los procesos físicos y químicos.

En el momento oportuno, solicitó permiso a Alice para hipnotizarla. Ella accedió, lo que satisfizo al artista. Sabido es que la aceptación del sujeto facilita el sistema; la negativa o el simple rechazo del candidato lo invalidan. Por medio de encubiertas y socorridas pruebas, constató la buena predisposición que la joven tenía para la hipnosis.

Paralizado el estado consciente, no tardó más de un minuto en adueñarse de su voluntad, reduciéndola a una actitud de completa obediencia, que de alguna manera provocaba la hilaridad de la gente.

La hizo vivir, en perfecta lucidez, todo aquello que le iba imbuyendo, persuadiéndola de que era verdad. Ante lo satisfactorio del mundo presentido, la muchacha disfrutaba de hipotética felicidad. Téngase en cuenta que, en el curso de la comprensión, las promesas obran el mismo efecto que las materializaciones.

Una vez despierta, Hugo Rivera concluyó la actuación con un original juego de naipes al que denominó «de las almas gemelas». En síntesis, consistía en hacer un doble ejercicio de adivinación. Entregaba la baraja a dos espectadores, hombre y mujer. Cada cual miraría una carta, la colocaría en la parte inferior del

mazo y barajaría. Por otro lado, en las hojas de papel que había en su mesita de trabajo, el cabalista escribió dos predicciones, que situó bajo un objeto pesado. Dando nuevos cortes al fajo, realizaría una serie de preguntas condicionadas que conducirían a los participantes adonde él deseaba. Tras establecer réplicas y recapitulaciones, decidió abrir los sobres. Las predicciones coincidían.

El mentalismo es un acto en el que el practicante usa, especialmente, su agilidad mental. Además, valiéndose de los principios de la magia escénica, el mentalista crea una ilusión de lectura de la mente, de precognición y de clarividencia.

Trascendiendo el campo de las artes escénicas, el mentalismo consiste en aplicar el método abductivo al instante en que hemos de enfrentarnos a situaciones reales, entendiendo la realidad como conjunto de causas interconectadas entre sí por hilos que, no viéndose, existen.

Dando por finalizado el espectáculo, Hugo condujo a Alice a su asiento. Acababa de convencerse de que merecía mejor padraztro que Harold Dole. Le encantaba la joven.



Después de haberse cambiado de ropa, el artista se entretenía en la barra del bar; sentado en un taburete alto, apuraba una caña de cerveza. A ratos hacía comentarios intrascendentes al barman, o prestaba atención a la cantante que actuaba en esos instantes con agradable timbre de voz.

Su pareja musical tocaba el piano y ejecutaba acompañamientos vocales. Formaron el Dúo Sentimental poco tiempo atrás. Anteriormente, Irma Sandoval actuaba sola. Al mentalista le contrarió el cambio realizado; contribuyó a que se resintiesen sus rela-

ciones. Haciéndoles perder intimidad, la compañera había entrado en competencia amorosa.

Lleno el reservado, el ambiente se animaba.

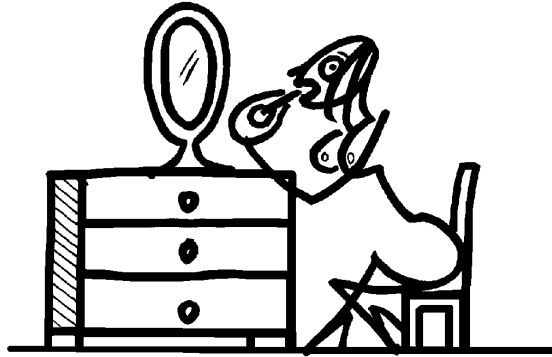
La gente conversaba en tono comedido o seguía a la vocalista, que cantaba una sugerente creación de José Alfredo Jiménez, el compositor e intérprete al que gustaran mucho las mujeres y con exceso el alcohol. Bebedor empedernido y parrandista, la cantina representó para el hombre un confesionario de penas pasionales. Claro es que en los bohemios años en que le tocó vivir resultaba comprensible y tolerable que las desventuras del querer encontraran consuelo en las botellas de tequila.

En su día entusiasmó la calidad melódica del mexicano, el modo apasionado de pronunciar la letra de las canciones. Las composiciones del cantautor eran por lo general tristes y desgarradoras; contaban desengaños como el suyo.

La cantante proseguía la actuación sin quitar la vista del mentalista. Parecía que estuviese dirigiéndose a él:

*«Cuando te hablen de amor y de ilusiones
y te ofrezcan sol y cielo entero,
si te acuerdas de mí, no me menciones...
Y si quieren saber de tu pasado,
es preciso decir una mentira:
di que vienes de allá, de un mundo nuevo,
que no sabes llorar, que no entiendes de amor».*

Recomendación o advertencia, Hugo Rivera sintió una extraña sensación que le costaba definir. Pudiera ser despecho.



TARA

–Buenas noches.

Salió del ensimismamiento.

Enseguida se percató de que había ante él una mujer sensacional, impresionante. Su innata personalidad lo presidía todo. Representaba a la belleza madura; aun en sazón, no estaba desprovista de frescura, como esa apetitosa fruta que es la uva ni agraz ni pasa. Ya no joven, para sí quisieran su otoño las mozas que andan perdidas en la primavera. Airosa y resuelta, con aire de vestal, tenía la boca grande sin exageración, igual que Greta Garbo.

Percibió el bonito e indefinido color de la piel femenina, tintado de realeza y característico de princesas orientales. Parecía figura de colección a tamaño natural; presentaba relieves de efigie, formas de modelo y cara para pintarla. La caña flexible de los muslos, el discreto contorno de las caderas y la flexibilidad del talle constituían un conjunto irreprochable.

Una raya alargada convertía en dos vertientes la cabellera, creando proporción en el negro pelo. Las dibujadas cejas ponían techo a la viveza de los ojos, demostrativos de que supo elevarse

por encima de la gente vulgar; los labios, humedecidos, colocaban p^ortico a los marfileños dientes. Magnetismo sensual concentrado en un rostro, immaculado, que pudiera ser expresi^on del eterno femenino. Aunque prisioneros en la dictadura de la tela, los pezones del pecho se alzaban altivos en las respectivas prominencias, dominando el continente carnal. El movimiento de la respiraci^on hac^ía que el seno bajase y subiese acompasado y excitante.

Su enigmático y sereno semblante, rayano en lo austero, revelaba la posible existencia de un descontento espiritual. Mas a trav^{és} de las contrariedades adivinadas, surg^ía el esplendor.

Recuperándose de la inesperada y grata sorpresa recibida, el hombre inquirió:

—¿Nos conocemos?

—No, pero sé de usted. Su rostro sale en todos los carteles publicitarios repartidos en el barco.

—Conforta que el p^ublico reconozca al artista —y a^ñadió—: En este caso con mayor motivo.

—Sin necesidad de contemplar sus habilidades en el escenario, intuyo qué clase de individuo es Hugo Rivera.

El mentalista se desorientó, extrañado de que le abordasen para increparle.

—Ahora sí que me confunde.

Le miró, presentándose:

—Soy Debra Baker, la esposa de Harold Dole.

Nueva confusi^on. Más que bella, era bellísima; y desde luego, muy distinta a como la había imaginado. Respondió a la mirada femenina. La mujer no se intimidó, ni siquiera parpadeó. E insistió:

—Me interesa saber si Harold le ha propuesto envenenarme con algún tóxico de su alquimia particular. ¿O bastará el mal de ojo?